

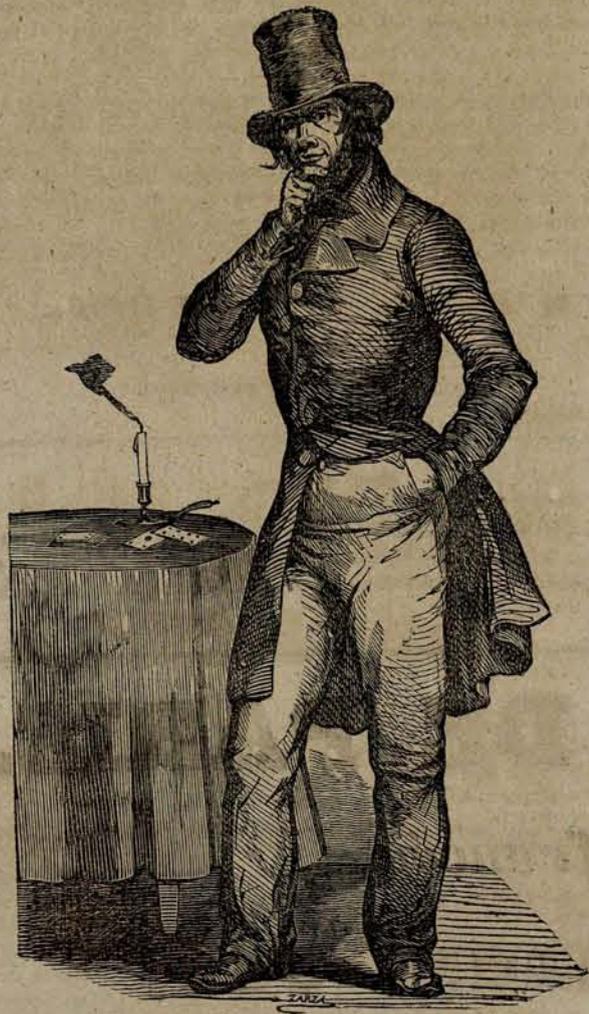
# REVISTA DE TEATROS.

## DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 389.

MADRID 28 DE FEBRERO DE 1844.

Segunda serie.



### LA PIEL DE ZAPATO.

#### NOVELA DE BALZAC.

##### II.

Por la tarde las casas de juego solo ofrecen una poesía vulgar, mas de efecto seguro como un sangriento melodrama. Las salas están inundadas de espectadores y de jugadores: allí se ven ancianos indigentes que van á calentarse, rostros agitados, orgias comenzadas entre vinos y licores y próximas á terminar en el fondo del Sena. Allí abunda la pasión; pero el gran número de actores os impide contemplar frente á frente al demonio del juego. Por la noche esa que-lla una verdadera batahola, donde todos gritan y cada instrumento de la orquesta modula su frase. Allí veriais buscar distracción á muchas gentes honradas y que la pagan á precio tan subido como los placeres de los espectáculos ó de la glotonería, ó como irian á un camaranchon á adquirir casi de valde remordimientos para tres meses.

¿Mas ¿comprendeis todo lo que hay de delirante y vigoroso en el alma del hombre que aguarda impaciente á que se abra un garito? Hay entre el jugador de la mañana y el jugador de la noche la misma diferencia que existe entre el marido descuidado y el que ronda de continuo la calle de su amada. Por la mañana solo llegan allí la pasión palpitante, la necesidad en todo su horrible aspecto: en aquel instante podeis contemplar al jugador que no ha comido, ni vivido, ni cerrado sus párpados al sueño, ni aun ha ocupado su mente con trivial ni sublime idea; tan ocupado le han tenido las probabilidades de acertar un «martingala»; tantas han sido las combinaciones que ha forjado en su cabeza por el prurito de dar un golpe á las «treinta y cuarenta.» Allí contemplaríais ojos cuya calma asusta, rostros que os fascinan, miradas que erizan las cartas y las devoran. De modo que las casas de juego no son sublimes sino á la apertura de sus sesiones. Si España tiene sus corridas de toros, si Roma tuvo sus gladiadores, Paris se vanagloria su de Palais Royal, donde las alhagadoras «ruletas» proporcionan el recreo de ver correr la sangre á arroyos sin que los pies puedan allí resbalarse. Probad á dirigir una mirada furtiva á ese palenque. Entremos.

¡Que desnudez! Las paredes estan cubiertas de papel ordinario hasta la altura de un hombre, sin que ofrezcan una sola imagen que solace el alma: allí no se descubre ni un solo clavo para facilitar el suicidio. El pavimento está gastado y nada limpio. Ocupa el centro de la sala una mesa redonda, y la sencillez de las sillas de paja agrupadas en torno de aquel tapete roido

por el oro anuncia una curiosa indiferencia respecto del lujo entre hombres que vienen á perecer allí por el lujo y por la fortuna.

Esta antítesis humana se observa donde quiera que el alma reobre poderosamente sobre sí misma. El enamorado ansia envolver á su amada entre seda y cachemira y por lo general la habla siempre en una boardilla. El ambicioso delira con subir á la cumbre del poder humillandose en el fango de una reverencia. El mercader habita en una tienda húmeda mientras se construye una magnífica morada, donde no residirá un año entero. En fin si se exceptua el aspecto de las cocinas, y el perfume de los bodegones, no conozco cosa mas desagradable que una casa de recreo. ¡Singular problema! El hombre atestigua su impotencia en todos los actos de su vida: nunca es completamente feliz, ni del todo desdichado.

En el momento en que el joven desconocido entró en la sala ya habia en ella algunos jugadores. Tres ancianos de calvas cabezas estaban sentados al rededor del tapete. Sus rostros de estuco, impassibles como los de un diplomático revelaban almas gastadas, corazon que habia mucho tiempo no palpitaba ni al aventurar el dote de una esposa. Un joven italiano de negra cabellera apoyaba sus codos con el mayor sosiego á la estremidad de la mesa, y parecia dar oido á aquellos presentimientos misteriosos que le gritan al jugador «si» «no» aquella cabeza meridional respiraba fuego y oro.

En pie siete ú ocho espectadores, alineados de modo que podian formar una vistosa galeria de retratos, aguardaban las escenas que les deparasen los diversos golpes de azar que se sucediesen, los semblantes de los jugadores y el movimiento de los rastrillos. Aquellos hombres ociosos estaban allí mudos, inmóviles, atentos como el pueblo en la plazuela cuando cae una cabeza bajo el hacha del verdugo.

Un hombre alto, seco, de raído trage, tenia en una mano un registro y en la otra una alfiler para contar las veces que se daba «la negra» ó «la encarnada.» Era uno de esos Tántalos modernos que viven al margen de todos los goces de su siglo; uno de esos avaros sin tesoro que juegan mentalmente una suma imaginaria especie de loco con seso, consolándose de sus miserias con acariciar una ilusión fugitiva; procediendo en fin con el azar y el vicio como los jóvenes sacerdotes con Dios cuando celebran misas blancas.

Habia ademas enfrente de la banca dos ó tres de esos finos especuladores, peritos en el azar del juego y que, semejantes á los presidiarios antiguos á quienes el presidio no los espanta, se hallaban allí para aventurar tres golpes, y retirarse al punto con la ganancia probable de la cual vivian.

Paseábanse por la sala con los brazos cruzados dos criados machuchos, mirando al jardin por las ventanas de rato en rato, como para enseñar al transeunte sus lívidos rostros en guisa de muestra.

El «gurrupió» y el «banquero» acababan de lanzar sobre los puntos esa fria mirada que la asesina, y decian con voz aguda:

— ¡Juego!

El joven desconocido abria á la sazón la puerta... Entonces reinó un silencio mas profundo si cabe, y todas las cabezas se volvieron por un movimiento de curiosidad hácia el recién llegado.

Pero ¿cosa inaudita! los enmudecidos viejos, los impassibles criados, los frios espectadores hasta el fanático italiano, todos en fin experimentaron no sé qué sentimiento espantoso á la vista del desconocido.

¿No debia ser mucho su infortunio para inspirar lástima, mucha su debilidad para escitar simpatía, ó muy siniestra su figura para estremecer las almas en aquel salon donde los dolores deben ser mudos, alegre la miseria y la desesperación decorosa? Pues bien, de todo eso habia en la nueva sensación que agitó aquellos corazones de hielo cuando el joven apareció en escena; mas ¿no han llorado á veces los verdugos ante las vírgenes cuyas rubias cabezas les mandaba segar el delirio revolucionario?

Al primer golpe de vista leyeron los jugadores en el rostro del neófito algun horrible arcano.

Sus juveniles facciones estaban impregnadas de nebuloso donaire. En su mirada habia vestigios de ilusiones abortadas, de esperanzas fallidas. La taciturna impassibilidad del suicidio comunicaba á su frente siniestra palidez: amarga sonrisa plegaba el contorno de su boca; se notaba en toda su fisonomía una resignación que producía mal efecto á la vista. Algun misterioso genio centelleaba en el fondo de aquellos ojos velados por las fatigas de los placeres, porque la disipación marcaba con su hediondo sello aquel noble semblante, puro y refulgente en mejores dias, degradado á la sazón. Acaso los médicos hubieran atribuido á lesiones en el corazon ó en el pecho el círculo amarillento que rodeaba sus pupilas y la rubicundez de sus marmóreas mejillas, mientras que los poetas hubieran creído descubrir en aquellas señales los estragos de la ciencia, la huella de las vigiliass consagradas á la meditación y al estudio á la luz de una vacilante lámpara. Pero una pasión mas peligrosa que la enfermedad, una enfermedad mas cruel que el genio y el estudio alteraba aquella juvenil cabeza, contrastaba aquellos vigorosos músculos, torturaba aquel corazon, sobre los cuales las orgias, el estudio y la enfermedad no habian mordido sino dificilmente.

Asi como cuando un célebre criminal llega á un presidio, los que están cumpliendo su condena le acogen con respeto, asi todos aquellos demonios humanos, espertos en torturas, saludaron á un dolor profundo, á una herida cuya profundidad calculaban por instinto, y reconocieron á uno de sus príncipes en la magestad de su muda ironía y en la elegante miseria de su vestido.

Llevaba el joven un frac de buen gusto; mas la union íntima que reinaba entre su chaleco y su corbata estaba sostenida con harta habilidad para que sospechase que cubrieran una camisa. Pálidas sus manos como las de una dama ofrecian á los ojos dudosa limpieza. ¡Habian pasado dos dias sin que las cubriesen guantes! Semejante abstinencia lo dice todo.

Si el «gurrupió» y los criados de aquel garito se estremecieron consistia en que los encantos de la inocencia florecian á trechos en sus débiles y delicadas formas, en sus rubios y escasos cabellos, naturalmente rizados. Representaba como unos

veinte y cinco años y el vicio parecía en él un accidente. La licenciosa vida de la juventud luchaba aun con el hastío de los placeres. Las tinieblas y la luz, la nada y la existencia combatían con encarnizamiento en aquel espíritu, produciendo á la vez horror y gracia. Presentábase allí el jóven como un angel sin aureola, extraviado en su camino; así es que todos aquellos profesores consumados en el vicio y en la infamia, semejantes á una desdentada vieja compadecida de una joven que se encenaga en la corrupción, estaban como en actitud de gritar:

— ¡Salid de este sitio!

Se fué derecho á la mesa, y, permaneciendo en pie, arrojó sin cálculo sobre el tapete una moneda de oro que tenía en la mano: luego, sacando fuerzas de flaqueza, le lanzó al «gurrupié» una mirada á la vez turbada y tranquila.

Tanto era el interés de aquel golpe, que los viejos no hicieron «puesta» ninguna; mas el italiano, patrocinando con el fanatismo de la pasión una idea que le alagaba, plantó un monton de oro en contra del desconocido.

El banquero se olvidó de pronunciar estas frases que á la larga se han convertido en un grito como é ininteligible.

— ¡Juego!

— ¡Ya está hecho!

— No se admite mas...

Tendió el «gurrupié» las cartas deseando al parecer buena suerte al recién llegado, á pesar de ser indiferente por hábito á las pérdidas ó ganancias de los empresarios de tansombrios placeres.

Centellearon todos los ojos fijos sobre aquellos fatídicos cartones, porque los espectadores veían todo un drama y la última escena de una lozana vida en aquella moneda de oro. Mas á pesar de la atención con que miraron alternativamente al jóven y á las cartas no pudieron sorprender ningun sintoma de emoción sobre su faz resignada y fría.

— ¡Pierde la encarnada!... dijo oficialmente el «gurrupié.»

Brotó del pecho del italiano una especie de sordo ahullido cuando vió caer el rollo de billetes que le arrojó el banquero. Por lo que toca al jóven no comprendió su ruina hasta el momento en que se prolongó el rastrillo para recoger su último napoleon. El marfil produjo un sonido seco sobre la moneda, que rápida como una flecha fué á unirse al monton de oro esparcido delante de la caja. Cerró el desconocido suavemente sus ojos, palidieron sus labios; mas no tardó en mostrar otra vez sus radiantes pupilas y de nuevo se tiñó de coral su boca: procuró afectar la fría calma de un inglés para quien la vida no tiene misterios, y desapareció sin mendigar consuelos por una de esas desgarradoras miradas que los jugadores desesperados suelen dirigir sobre la taciturna galería que les rodea.

¡Que de sucesos se agolpan en el espacio de un segundo, cuan hondo es entonces el abismo del humano cerebro!

— ¡Parece que ese es su último dinero!... dijo sonriendo el «gurrupié» después de un instante de silencio, sosteniendo la moneda de oro entre el pulgar y el índice y enseñandosela á los concurrentes.

— ¡Ese es un aturdido que vá á dar fondo! respondió un hombre machucho, mirando al rededor, porque todos los jugadores se conocían.

— ¡Bobada! exclamó un criado sorbiendo un polvo.

— ¿Que tal, si hubieramos imitado á ese caballero? dijo uno de los viejos á sus cólegas, señalando al italiano.

— Todo el mundo miró al jugador venturoso, cuyas manos temblaban al contar los billetes de banco.

— Oí, dijo, una voz que me gritaba al oído: el juego tendrá razón contra la desesperación de ese jóven.

— Ese no es jugador, repuso el banquero: á serlo hubiera jugado su dinero en tres veces para tener mas probabilidades de ganancia.

(Continuará)

## REVISTA DE TEATROS.

Se ha repartido el núm. 8 del Laberinto, periódico universal que se publica con extraordinaria aceptación desde principios de noviembre. Contiene los artículos siguientes—Juicio crítico de Cienfuegos por el señor Alcalá Galiano—Luz y sombra, poesía por don Manuel Cañete—Espatolino, novela por la señorita Avellaneda—Cain y Abel, conclusion de esta novela, original del señor Gil [don Isidoro] Una semana en Madrid, Sábado, por don Antonio Flores—Fallecimiento de la infanta doña Luisa Carlota, con un grabado que representa la traslación del cadáver al panteon del Escorial—Torneos, por don Bonifacio Gomez—Revista de la quincena, por don Enrique Gil. Este número va ilustrado con treinta grabados en madera.

Antes de empezarse la publicación del segundo tomo de la obra titulada Los Españoles pintados por sí mismos, anunciamos en la Revista de Teatros, que los tipos que habian de componer dicho tomo estaban ya escritos ó repartidos; y como se hayan presentado con posterioridad algunos, nos vemos en la necesidad de reproducir este aviso para evitar que se presenten tipos que no pueden tener cabida en el segundo tomo de esta obra.

## TEATROS.

De la Cruz y Príncipe.

Hoy no hay funciones.

Del Circo.

Terminando el 22 de marzo proximo la contrata de la señora Guy Stephan, la empresa ha dispuesto ejecutar el sábado 24, á las siete y media de la noche, la ante penúltima representación de EL LAGO DE LAS HADAS. gran baile fantástico en dos actos.

# LOS MISTERIOS DE PARIS.

Novela escrita en francés

POR MONSIEUR EUGENIO SUÉ,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

por D. Antonio Flores.

## PROSPECTO.

El día que se publicó en Paris la primera parte de esta novela, se agotó una edición de 5,000 ejemplares. Dos años han trascurrido desde aquel acontecimiento literario, y en ese tiempo ha terminado la publicación de toda la obra, de la cual se han hecho diez ediciones en la capital de Francia y varias otras en algunas capitales de provincia francesas. Los autores dramáticos se apoderaron al momento de las interesantes situaciones que ofrece cada capítulo; y el interés dramático de los MISTERIOS DE PARIS, ha sido explotado por los poetas franceses en multitud de comedias, calcadas sobre los asuntos mas notables de la obra. No hay una casa en Paris donde no se vean en cuadros los principales personajes de esta novela, y con ellos se han ilustrado los calendarios de este año.

El gran respeto que tenemos á nuestro inmortal Cervantes, nos hace temblar por una comparación de su obra con otra cualquiera; pero nada aventuramos al decir que los MISTERIOS DE PARIS tienen mas de un punto de comparación con nuestro Quijote.

De la traduccion nada tenemos que decir. Cree el traductor que para la falta que haya cometido al intentar tan difícil trabajo no hay remedio posible, y se ha limitado á no incurrir en otros defectos que estaban á su alcance. Las faltas que se adviertan en esta traduccion, serán hijas de la ignorancia ó del descuido; pero no de la intencion del traductor.

Eugenio Sué, empieza su novela en el rastro de Paris; la sigue despues en la alta sociedad; pasa detenidamente por la clase media, y retrata todas las clases y personas de la sociedad moderna de Paris con admirable fuerza de colorido, y las descripciones son al par que minuciosas, entretenidas y filosóficas. Preciso es acompañarle paso á paso en su extraordinaria peregrinacion para conocer todo el valor de una obra que basta por sí sola para inmortalizar el nombre del célebre novelista francés.

La traduccion que hoy anunciamos, se empezó á insertar en dos periódicos políticos de Madrid, y varios otros de las provincias, entre ellos el Globo de Cádiz, el Diario Constitucional de Zaragoza y el Guadalquivir de Sevilla, nos

hicieron la honra de engalanar con ello sus columnas. Citamos esta circunstancia para que nuestros lectores conozcan la importancia del original, cuya traduccion damos al público.

### CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

La obra constará de diez tomos, y consultando la comodidad del público, ha dispuesto el editor que el tamaño de cada tomo sea en 16.º marquilla, y que conste de mas de 300 páginas de impresion.

Cada mes saldrán á luz dos tomos, estando pronto el primero para el día 20 de este mes.

El precio de cada tomo llevado á casa de los señores suscritores, será el de 6 rs. vn. para todos los que estén suscritos á cualquier obra ó periódico de los que publica don Ignacio Boix, y 7 rs. en las provincias para los que se hallen en el mismo caso.

De igual ventaja disfrutarán los señores suscritores que lo hayan sido al Bien del Pais.

Para los que no tengan ninguna de estas circunstancias, y deseen suscribirse, será 10 rs. el precio de cada tomo, y 11 en las provincias.

NOTA. Si esta novela tiene la aceptación que espera su editor, se repartirá con el último tomo una gran lámina con 50 retratos de los personajes mas notables de ella.

OTRA. Los que gusten suscribirse se servirán dejar una nota con las señas de su habitacion, en la casa librería de Boix, calle de Carretas, núm. 8; y de no hacerlo así podrán entregar esa misma nota al repartidor del Diario de Avisos, ú otro cualquiera que lo sea en alguna de las publicaciones del señor Boix.

El tomo primero se reparte hoy á los suscritores del Diario y Nuevo Avisador, que han dado nota por medio de los repartidores, los que no lo hayan verificado lo podrán hacer y en seguida se les enviará á su domicilio.

IMPRESA DE BOIX.